

La comunicación entre el Estado colonial y el socialismo

Nicolás Casullo
Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales
(ILET, México)

El invitado ausente

En los análisis que buscan dar cuenta de las formas de la comunicación dominante, la constitución histórica del sistema político y sus conflictos específicos resultan, por lo general, referencias dejadas de lado. Por lo tanto, lo mismo sucede con los problemas que hacen a las particulares funciones articuladoras del Estado en la producción y reproducción de cada sociedad. De ahí que el papel de los medios de masas, y su compleja incidencia como mediadores y cohesionadores del modelo de ordenamiento nacional, signifiquen realidades desconsideradas en los estudios que vinculan poder difusor/masas.

La comunicología más clásica y reiterada, relativiza este tipo de indagaciones que deberían dar respuesta sobre las formas y racionalidades del poder social. En otros términos, que empezarían a revelar el *momento político* en la estructura de los sistemas comunicacionales.

Por el contrario —y más allá del impacto que tuvo en su momento la comunicología denunciante con datos de las empresas transnacionales en los campos de la producción informativa y cultural— lo que cristalizó equivocadamente como “modelo” fue fundamentalmente esta suerte la pesquisa periodística. Es decir, un aporte investigativo que prioritariamente buscó los balances de las casas matrices transnacionales, que se detuvo en la presencia accionaria extranjera u oligárquica en los medios, y que se reiteró en presentar el despliegue de la industria cultural made in usa.

Lo que debió ser entonces un primer momento de conmoción de la opinión pública, terminó siendo un encasillamiento del saber comunicológico: casi su identidad. Pero, lo más grave, este modo concluyó también por convertirse en uno de los grandes *ideologismos* que encorsetan a la disci-

plina.

Adjuntar, “de hecho”, estructura económica y financiera, a “fenómeno cultural” (es decir, a acontecimiento “superestructural”) pasó a ser una suerte de reaseguro de verdad como definitiva comprensión del mundo que nos toca investigar. ¿Qué mejor para la balbuceante y ambiciosa comunicología, que hermanarse ritualmente con el dato “económico”, con el “Tecnoeconómico”? ¿Qué más tranquilizante y “científico” que ampararse en los puros intereses que los trusts ocultan, para conquistar status de saber “revelado”? ¿Qué camino más directo y efectivo que sujetarse a una cosmovisión economicista, a una historia técnica de la realidad, en donde sólo debían intercalarse “datos” en la esfera propia de estudio?

De tal manera se tuvo con frecuencia que, desde la gerencia de la IBM, desde el cuadro de las veinte mayores empresas con sede en USA, desde el presupuesto de la NASA en tecnología comunicacional, a la suerte del enagenado proletariado “receptor” en el tercer mundo, *el universo se aplanó, la historia perdió perfiles, complicaciones y conflictos*. Perdió especificidad, para mostrar en cambio “la coherencia” entre estructura de dominio imperialista y su *reflejo* en el campo ideológico (medios y programaciones) impuesto por el conjunto del empresariado concentrado a nivel mundial que atraviesa fronteras, modelos de dominios, marcos nacionales y hasta la propia inteligibilidad de la historia.

Este economicismo comunicológico (que tiene su contrapartida equilibradora, en “su otro” extremo, el texto en sí de la lingüística) es uno de los ideologismos sustentadores de una concepción del saber. Los déficits más notorios de lo que solía llamarse sociología de la dependencia —el abstraccionismo económico y social— contribuyó a acentuar esta lectura del fenómeno comunicacional, despreocupada o disolvente de lo *nacional político*, entendido esto último como momento semantizador del proceso histórico social y de las formas resolutivas de dicho proceso. Es decir, disolvente de la presencia de la racionalidad y actuación de un poder económico y político *nacional*, en el marco de las correlaciones de fuerzas internas; escamoteador de la interpretación de lo cultural-político accionante en cada sociedad: sus conformaciones mediadoras, sus espacios, referencias y formas de disputa, las históricas articulaciones de un consenso social y de un disenso social. Es decir, los vastos y profundos engranajes que desarrollan las crónicas ideológicas nacionales, donde tiene preferente lugar la dimensión comunicacional. Podríamos sintetizar: todo lo que hace a las particulares estructuraciones de un orden establecido, frente a los perfiles de las fuerzas transformadoras. Lo habilitado y lo negado por ese orden, lo resuelto y lo no resuelto en términos de constitución, afianzamiento y crisis de Estado en cada sociedad. Esto que, para la comunicología, significaría *atender el hecho nacional como estructuración histórica*, desde donde dar cuenta de los avatares de los medios, de la comunicación y de la información como fenómenos que atraviesan complejamente, *conformadoramente*, esta estructuración social.

Tenemos en cambio que, por el supuesto camino de una mayor “mate-

rialidad", se accede muchas veces a las mayores abstracciones. A visibles asfixias conceptuales. *Empresa transnacional, medio-receptor masivo*, tomados como objetos exclusivos de lectura, resultan hoy un divorciante camino que cada vez más, puede sólo dar cuenta de sus propios datos estadísticos en tanto exposición de los mismos.

Si bien la productividad ideológica de la dominación puede ser leída como la actuación de un circuito del capital, el fenómeno comunicacional se explica —sin dejar de atender a aquel dato— esencialmente por la lectura del conflicto social. Pero no con una visión genérica y manualística del conflicto social, sino en tanto dimensión de lo político e ideológico histórico. Un contexto de conocimiento a construir por la comunicología, y que hoy es casi un campo vacío. Un campo ideológicamente esfumado del horizonte, desprovisto no solo de preocupación teórica, sino, lo que es peor, *dimensión de lo político* invalidada hasta como problemática.

Puede argumentarse que el dilema político apareció desfasadamente en el plano del conocimiento social, y fue asumido o rechazado desde este desfase, producto en gran parte del dogmatismo de izquierda que sirvió y sirve como soporte a la cultura de cuestionamiento. Politizar las ciencias sociales en nombre del "compromiso intelectual ideológico" y su contrapartida, poner en cuestión esa politización para circunscribirse al texto en sí (despojado de tensiones subjetivas) remitieron de ambas partes a hacer desaparecer *la trayectoria de lo político* como momento fundante de la constitución de lo social.

Desconsiderar este entramado político —conformador de una *situación histórica* en su más integrador sentido— lleva a perder de vista el accionar y los proyectos que, en la historia de los pueblos, articula lo cultural con las distintas formas productivas económicas. No sistematizar este plano articulante, no situar conceptualmente esta emergencia constitutiva de lo político, *no incorporar teóricamente* este complejo acontecimiento de reproducción de una lógica social (poder) y de sus tendencias desestructuradoras, implica abstraer a las comunicaciones sociales de la historia concreta que la plantea, y de sus posibles resoluciones con respecto a un estado de cosas dado.

Estado colonial y comunicación.

El último libro de Armand Mattelart (*Comunicación y Transición al Socialismo*) permite enfocar una situación nacional en términos de cómo, un diseño político de gobernabilidad social, instaura y promueve un modelo de comunicación. Mattelart habla de Mozambique, y prologa el libro con una perspectiva histórico-social-cultural del país africano, para presentar luego una serie de textos elaborados por importantes figuras del actual gobierno de ese país.

No nos encontramos, por lo tanto, frente a generalizaciones tercermundistas con respecto a la realidad comunicacional, sino incursionando en un

proceso nacional. Lo importante de este libro es que escapa a las tesis que reducen el fenómeno a un simple pegamento entre curso económico y perfil comunicacional-cultural, para remitirse en cambio, y en gran parte, al momento de lo político y *de la política en lo político*, en tanto concepción del poder, gestión concreta, ordenamiento legitimador.

Mozambique: su reseña como crónica del colonialismo portugués. Mozambique como país liberado y en una etapa de transformaciones. Dos circunstancias. Dos intenciones, de corte epocal, tendientes desde sus respectivos estados y despliegues de sistemas políticos, a fijar la comprensión sobre la propia sociedad.

Lo que nos interesa, en este caso, no es proponer una desconsideración de una historia económica (indiscutiblemente significativa en el Mozambique portugués y en el Mozambique independiente), sino situar la índole y las funciones del sistema comunicacional —el poder en la perspectiva de poder comunicador— para encontrar su inteligibilidad. La que define y proyecta el ejercicio comunicacional desde la forma estatal instituída. Es decir: encontrar la comunicación en la forma política de dominio del conjunto social. Inferirla desde la concepción de poder imperante, y como reproductor de una compleja racionalidad del todo social.

Como define Josep Gifren (1977) “El sistema de información reproduce el sistema de poder. Y el sistema de poder es fielmente reproducido por el Estado. Podría fácilmente establecerse un paralelismo histórico entre la evolución del sistema informativo de un país y la de su sistema político. . . Estado e información forman un matrimonio indisoluble”.

La constitución histórica de un poder, (el discurso de este poder en el marco del conflicto social con sus presencias y ausencias articuladoras) es lo que permite enlazar, en el estudio del modelo de comunicación, la perspectiva productiva de una sociedad con los modos ideológico-culturales, en tanto decisiva productividad organizadora de la vida social.

En relación a Mozambique: los propósitos y la actuación de un Estado colonial, proyectado y digitado por un frágil y ya anacrónico diseño desde la metrópolis portuguesa. Estado infradesarrollado en relación al propio Occidente, nacido y desenvuelto como directa imposición desde el exterior, como extranjero y blanco, y lejos de toda posibilidad que permita comprenderlo como producto de una hegemonía nacional de clases: como poder asentado en un consenso ideológico y cultural logrado por las élites dominantes. Realidad colonial, Estado pretoriano que indica la ausencia de una nación constituída: no es a partir del todo social propio desde donde se hace inteligible el momento de la historia política, la concepción de lo estatal en sus máximos y mínimos despliegues y significados, sino que la constitución estatal se explica básicamente por el enfrentamiento exterior-interior, colonialismo-nacionalidad.

Mattelart reconoce la “particularidad del modelo portugués de colonización”, en tanto “el Estado portugués se transformó en rentista”. Esto es, un poder establecido en ultramar que a partir de una perspectiva militar-colonizadora, subcontrata tierras y población a compañías privadas eu-

ropeas. Que cede territorio de explotación y mano de obra, y así administrá sus posesiones. Retiene por lo tanto una potestad política conquistadora y colonizadora legitimada, pero no se yergue, desde la metrópolis, como motor de un modo productivo capitalista industrializador.

“No hubo ningún proyecto para la creación de un consenso, de una sociedad civil, que hubiese convertido al aparato de Estado en educador. El Estado fascista colonial es por definición un Estado sin mediación en el cual se ejerce abiertamente la violencia de la clase que lo monopoliza. . . La estrategia, para con las poblaciones indígenas, era más bien impedir que se formara cualquier tipo de consenso, cualquier voluntad colectiva”.

Estamos en las antípodas de la constitución del Estado liberal capitalista clásico, que en Europa entre otras cosas determinó la concepción marxista sobre la configuración concreta de un dominio de clase. No concuerdo con Mattelart en la definición de “fascista colonial” con respecto a Mozambique, teniendo en cuenta por una parte las circunstancias históricas de la formación de los dominios imperiales en África que llevan a una problemática diferente a la interpretación de lo fascista, y tampoco si nos atenemos a su concreción clásica (de origen europeo) que dió origen a la teorización sobre este fenómeno que se instituyó y pudo avanzar a través de fuertes y peculiares mediaciones corporativas de “participación” y a la obtención de un consenso de masas imprescindibles, a partir de lo cual ejerció su violencia regresiva.

Más bien creo en un Estado concentrado, de factoría militar e inmigración limitada y elitista (propietaria): resguardo de una minoría blanca colonizadora-expropiadora-explotadora. Un Estado como exclusivo aparato represivo que no pretendió desplegarse generándose desde la resultante de una sociedad civil en tanto actuación determinante. Es decir, sin recibir de ella su sustento de legitimidad. El Estado no surgió de una historia de referencias nacionales ni buscó luego reformularse a partir de esa sociedad que continuó siendo, en lo esencial, *extraña* a ese poder. La conformación del Estado, del momento político dominante, su proceso histórico, proviene de parámetros exteriores a Mozambique. Su función, como concepción y estrategia profunda de un poder, es la de vigilancia de un territorio expropiado, territorio de historia negada.

Dice Mattelart: “los escasos medios de comunicación que tenía Mozambique durante la colonización, no estaban estructurados según la política de ampliación de la base social del régimen capitalista”. Y también: “prensa, radio y cine fueron instalados principalmente para satisfacer las necesidades de los colonos y su radio de acción no rebasó los límites de las ciudades y de su periferia”. Aspectos de lo que el propio Mattelart tilda como “evidente pobreza” del “sistema de los medios masivos de comunicación”.

Si por una parte tenemos un diseño estatal de dominio que no proviene de, ni alimenta a una posibilidad democratizante de la sociedad, también se comprueba en el caso mozambiqueño la preeminencia de una concepción

reductora y estrechante del poder político por encima de los distintos tiempos de expansión, penetración y necesidades económicas capitalistas y de las respectivas tendencias democratizantes del mercado (en términos relativos) como parte de la cadena productividad-consumo imperialista.

Privó, en cambio, el anacrónico diseño de dominio portugués cerrado, aislacionista, regresivo y, por lo tanto, lejos de un modelo colonizador de Estado que propicie la inclusión social. Que patrocine una política consensual, articulando curso económico con su imprescindible correlato: un diseño político de opciones, funcionando desde una cosmovisión de sociedad de masas.

El Estado bunker, verticalista en el ejercicio de su poder y segregador cultural, responde a una lógica de dominio. No emerge necesariamente de *la lógica* de la formación económica leída como relación “capital y trabajo”, y en este sentido puede decirse que las características de este Estado no responde al tiempo de la modernidad capitalista, del “desarrollo”, de la rectoría de los intereses transnacionales predominantes ni a una supuesta tendencia económica que relaciona a Mozambique con el mundo.

El diseño político de dominio, en su más amplia consideración, no se plantea integrar, hegemonizar. El poder responde decisivamente a una racionalidad cultural (político-técnica) colonizadora.

De muchas maneras autárquico frente al curso global económico y “escindido” de la sociedad, los aparatos, mediaciones y extensiones que hacen a la productividad ideológica y cultural de ese poder de Estado, quedan constreñidos al espacio de la represión social, quedan amputados, infradesarrollados y de acuerdo a la particular medida que requiere el modelo político.

Modelo como determinada estrategia de poder, que escinde la sociedad, que no crea mediaciones ni educa ni promueve paradigmas de unidad ni nacionaliza su crónica ni, sobre todo, incorpora al conjunto como la representatividad formal *del todo social*.

La descripción de Mattelart nos permite bosquejar el papel del Estado como reproductor de una lógica, de un ordenamiento y de una gestión de dominio social, y cómo se hace presente esta productividad en una estructura comunicacional.

En este último plano, el dominio colonial no penetra la complejidad social ya sea desde su variante estatal o con la habilitación de los medios privados. El sistema comunicacional colonialista se abroquea en su extranjería, sectoriza al extremo su representatividad, vive su definitiva conformación metropolitana y traza un menguado perfil abarcador de las expectativas sociales. Como expresa el líder mozambiqueño Samora Machel, “la información era la defensa de la explotación y de los explotadores, la defensa de la ocupación extranjera, el *desprecio por el pueblo, la negación de nuestra cultura* y de nuestra personalidad, la difusión de los falsos valores, *el mito de la supremacía blanca, . . .*”

El sistema de comunicaciones se corresponde con una forma estatal represiva totalizante: con la verticalidad de su armado y su proyección.

Concepción del poder comunicacional exclusora, elitista, censuradora de disensos, clausurante de la pluralidad, y también concepción antimásificadora, antihomogeneizadora, es decir: desprovista de aquellos mecanismos que fue incorporando la función estatal con el propio desarrollo conflictivo del capitalismo.

La sobrevivencia de un perfil de Estado absolutista como férreo regulador colonial, planteó un sistema comunicacional de privilegio, no convocante. Radios y periódicos no sobrepasaban el 3 o 4% de la *población reducto*: el colonizador blanco. La información no se estableció para las masas, ni como sintetizadora de un interés del poder para el conjunto, ni como un modo cultural (gráfico o fónico) de integración.

La segunda etapa contemporánea importante, en el proceso comunicacional mozambiqueño, se da a través de las reformulaciones que en este campo encara el poder colonial como consecuencia del avance de la lucha de liberación. Dice Mattelart: "a partir de ese momento la evolución de la prensa responderá golpe a golpe al progreso de la guerra de liberación, para agregar que "desde el principio de la guerra, la policía política (PIDE) toma los noticieros radiofónicos y crea un organismo especial de propaganda. No es sino hasta 1964 cuando el colonizador portugués, a partir de sus planes psicosociales, trata de cambiar su relación con la población. No solamente utilizando los medios masivos de comunicación existentes, sino creando una radio oficial".

Si bien en 1970 un sector, al que Mattelart describe como "capitalista liberal", comienza a editar el semanario de informaciónes *Tempo*, lo definitorio de esta nueva etapa no está dado por lo que pudo generar la industria privada en manos de los sectores económicos dominantes, sino por una mayor intensidad y relativos nuevos alcances del discurso estatal represor, en un contexto de agudización del conflicto político y militar.

El sistema político se sigue concibiendo a partir de un Estado monolítico, sin espacios posibles a compartir, incapacitado de condensar con readecuaciones las nuevas tensiones sociales ni de reformular el sistema buscando márgenes de democratización. Esta nueva etapa colonial se refleja en las escasas variaciones que sufre el sistema comunicacional. El avance opositor, las particiones territoriales por el estado de guerra, la cada vez más cristalina lucha entre poder y contrapoder en términos de profundas diferencias sociales, (ciudad-campo, blanco-negro, cultura nacional-negación de esa cultura) refuerzan el autoritarismo, ratifican las ancestrales concepciones del Estado colonial. Si bien se extiende el entramado de comunicaciones, la productividad ideológica del poder se organiza cada vez más como mensaje de choque frontal contra "el enemigo". Reduce aún más los pocos espacios de independencia informativa jugando "libre" en el mercado; semantiza lo social con la línea divisoria de réprobos y elegidos más notoriamente que antes. La comunicación entonces es la extensión de la vigilancia en sus más inocultables aspectos: el alerta, la prevención. Se transforma en "una de las guerras" de la guerra concreta. La información profundiza su mensaje unilineal, antidemocrático, pensado desde el

vértice del poder, integrado a la directa esfera de la estructura de mando. La información procura el máximo de los unanimismos, estrangulando a su mínima expresión (o ninguna) el reconocimiento de la sociedad civil. Desaparecen los relieves, las diferencias, las distintas inflexiones, la posibilidad de *otras voces*, aún cuando estas últimas sean aliadas, o por lo menos no enfrentadas al poder de Estado colonial.

Liberación y comunicación.

El proceso de liberación nacional y social emprendido por el pueblo mozambiqueño no es sólo una historia de lucha armada finalmente triunfante, sino el complejo camino de la constitución de un estado nacional, naciendo desde una subyugada identidad cultural, esto es: desde la más desarticulada expresión de lo que podría llamarse una sociedad negada por el poder.

Mattelart, en su introducción, entresaca elementos esenciales que surgen de dicho proceso liberador: “las primeras experiencias de poder popular”, los dilemas entre “lo militar y lo político” (ejército y producción), la necesidad de “englobar a cada sector de población”, “la información y propaganda sin poder escapar a la dinámica de la guerra de masas”, “la necesidad de transmitir información”, la generación “del escucha colectivo” (de radio) y “de otros medios de comunicación artesanales”, las “distintas producción de mensajes”, la exigencia de “demostrar y neutralizar” la información del enemigo y hasta “la falta de sensibilidad por parte de ciertos sectores (revolucionarios) de la importancia de la información”.

La experiencia política, cultural, ideológica y armada del proceso, inaugura un mundo de explícitas necesidades comunicacionales absolutamente al margen y enfrentado al Estado reducto colonial. No hay disputa ni ocupación de espacios estatales ni reformulación de alianzas, ni avances de democratización negociados, ni sectores económicamente privados de la sociedad que se incorporen decididamente al avance de lucha popular.

El estado comunicacional del colonialismo, así como se edifica a partir del estado represor y luego estado de guerra, también desde ese reduccionismo histórico se esfuma, muestra sus escasas dimensiones reticuladoras al ser derrotado. Su constitución se desvanece frente a la fuerza política popular constitutiva de una nación, frente a una política global como poder reemplazante. Pero, al mismo tiempo, esta estrechez se transforma también en parte de una herencia para el futuro estado revolucionario. Esa son las formas de dominio imperantes. La fuerza popular que surge comandada por la organización política, el FRELIMO, lo hace desde una racionalidad de poder colonial que la situó como ausencia, como ilegitimidad social y política y, por lo tanto, con el imperioso reto de integrar y plantear las formas de una sociedad.

Dicho de otra manera: con el reto básico de conformar una representatividad nacional-estatal como el punto culminante, en términos polí-

tico-culturales, de una historia propia. La situación colonial, la profunda fragilidad de una sociedad civil jamás amparada sino doblegada, producen la rotunda identificación entre Movimiento del pueblo y Estado a construir. No se visualizan zonas al margen, entre proyecto político triunfante y mayoritario y Estado como momento político reconstitutivo.

El proceso liberador politiza a la sociedad despolitizada, como la gran posibilidad de ruptura cultural con respecto a un modelo de dominio y acatamiento implantado. Lo que atesora primordialmente el nuevo estado es esa potencial ruptura cultural, en tanto comprensión de la realidad en sus múltiples y complejos signos.

En términos de comunicación, la lucha y el avance colectivo de conciencia nacional traducida definitivamente en política, promueve sobre todo la perspectiva de una *alternatividad* en cuanto a lo comunicacional. Radio Tanzania (voz del FRELIMO), el panfleto, la cuartilla, el mensajero y el parte de guerra, el rumor y el papel mimeografiado, el documento político, una pintada, la explicación verbal de los cuadros políticos, la trasmisión de la anécdota, el relator contando acontecimientos, el festejo, el encuentro comunitario y hasta la decodificación ya no ingenua del mensaje enemigo, han *comunicado al pueblo*. Desde los más a los menos comprometidos en la lucha, ya sea en zonas liberadas y no liberadas y *en cuanto a lo que el pueblo necesitaba comunicarse*.

La constitución del nuevo poder: en este punto es importante detenerse y rastrear —desde los propios documentos que expone Mattelart en su libro— el pasaje de una política de liberación, al modelo de Estado político: de gobernabilidad, de resguardo y de impulsión de un nuevo ordenamiento. En este plano el libro expone la palabra directa del gobierno mozambiqueño, en cuanto a las concepciones informativas, periodísticas y de comunicación en general. Lo que algunos de estos documentos permiten es una aproximación crítica a una clásica concepción revolucionaria, que indudablemente se reflejará en el campo específico que nos interesa.

Existe, en la comunicología que se preocupa en describir la comunicación como sistema abarcador, la ausencia de una lectura política de la que hablábamos al principio. Ausencia que, al ser suplantada por una lectura economicista de “estructura — superestructura”, no solo se desinteresa de la crucial relación modelo de gobernabilidad-modelo de comunicación, sino que no le otorga al problema del poder social (y sus lógicas de conformación, actuación y ordenamiento) el *lugar real* que ocupa en la producción y reproducción de la sociedad. Esto es, el lugar de la política como trascendente momento de una cultura. El plano más profundo por el cual una sociedad —desde el poder administrador del conflicto— queda conformada.

Los argumentos que definen concepciones comunicacionales (que establecen políticas nacionales, que organizan el sistema informativo, que regulan la presencia de los medios de masas y plantean las formas de estas mediaciones), son argumentos que responden a una articulación, en último término, habilitada por el modelo de Estado.

Estado alentador de la acumulación del capital, estado liberal y legislador del libre juego de la concurrencia privada. Estado asistencial que asume mayores responsabilidades públicas. Estado protector y racionalizador de recursos económicos e ideológicos, Estado socializador y monopolizador del conjunto de la productividad económica, Estados todos ellos, que de diversas maneras han contenido —desde diferentes perspectivas e intereses— *diseños comunicacionales que definen a la comunicación precisamente como poder*. Como poder explícito, habilitado, organizado, como lógica dentro de una lógica mayor, y no simplemente como inversiones atrevidas o progresivas de capitales culturales e informativo. Tampoco, desde este punto de vista, como poder reducido a “aparato de estado” sumándose a otros.

En este sentido, *habría que ampliar profundamente la mirada sobre el hecho productividad ideológica del poder, desde su estructuración hegemónica a partir del conflicto y el consenso social histórico*. Ampliar la mirada, para situar con la mayor coherencia el hecho comunicacional-informativo en el campo de *lo político*, entendido como poder de una cultura capitalista acumuladora, industrializadora y mundializada.

En este plano de lectura, recobra sustancial importancia el poder como mecanismo cultural desplegado para la organización social. Como instancia múltiple que articula intereses sociales con técnicas reproductoras de un orden; que articula curso económico con incorporación de “formas del poder” en la conciencia social; que articula dominio de estructuras productivas con producción de consenso. En síntesis, poder social (conformación de lo político-cultural y presencia ampliada o restringida del modelo de Estado en la conformación de lo político) *que se constituye como concepciones en una historia, que se yergue como Razón de la sociedad industrial en sus diversos tiempos, realidades y envergaduras*. Problemática política entonces, que si bien se asienta en una realidad de producción social y de relaciones sociales, en términos históricos, también y fundamentalmente se plantea a partir de las lógicas y los mecanismos con que una cultura occidental, civilizadora, ha incorporado la noción de dominio.

Nuevo Estado y comunicación.

Enfocando lo comunicacional desde esta perspectiva, en el caso mozambiqueño y a través de lo que se expone estatalmente, se puede observar la primordial preocupación (heredada del proceso de lucha) por politizar el hecho de comunicación. Por romper con la concepción informativa en tanto transcurso ajeno de las masas. Así como en otros órdenes (salud, educación, vivienda, etc.) se parte de la noción de necesidad de políticas nacionales y creciendo desde el concurso de la población a través del entramado de un Estado popular activo, también en el planteo comunicacional se trata de romper con “los mecanismos y las estructuras coloniales de la información, sus métodos y sistemas de trabajo”. (Samora Machel)

Democratizar las comunicaciones de masas, tender a una mayor participación desde la instrucción y la preparación del hombre mozambiqueño, desplegar nuevas redes, circuitos y estructuras que aparecen como el *modo informativo* de una política propia y resultante del aliento por parte del gobierno. No obstante, en este caso, es importante apuntar ciertos síntomas que pueden tornarse peligrosos para el transcurso popular comunicativo y que surgen de esas mismas definiciones estatales.

“El periodista profesional. . . elemento de los órganos de información, tiene que subordinarse a la disciplina y orientación del FRELIMO”, expresa Jorge Rebelo, ministro de Información mozambiqueño, para agregar luego: “obviamente esta exigencia no tiene un carácter opresivo. . . pero es necesario que lo que se publique se encuadre en la línea de orientación del partido”. El movimiento nacional de liberación deviene partido de cuadros bajo concreto diseño leninista. La diferenciación Estado-Partido pierde perfil, en la medida que se borran los límites que diferencian ambas instancias. La complejidad del movimiento que contiene la complejidad cultural en términos políticos, sufre un proceso ideológico de homogeneización a partir de una cosmovisión sistematizada de lo que significa el poder, a partir de uno los más clásicos ideologismos de organización revolucionaria. En este horizonte la información, y su productor, el periodista, debe subordinarse a la disciplina, debe responder al Todo Estado-Partido en tanto poder popular.

En este sentido expresa Samora Machel: “completar la ruptura con la información de tipo burgués y capitalista. . . La información debe ser un instrumento de la alianza obrero-campesina y de su partido de vanguardia. . . en este marco, ninguna ambigüedad, ningún compromiso, ninguna transigencia puede ser admitida. No existe termino medio, no hay terreno neutral en la lucha de clases”. El discurso del poder encuentra su lógica —y la *lógica*— en el vértice, en sí mismo como propuesta, en tanto organismos representativo del conjunto social. La información es un “instrumento”, un medio que sirve. La comunicación es una mediación cohesionadora que no admite otras manos, intervinientes, que no respondan a ese poder, que no admite otra gestación que la planteada popularmente por lo dominante. La participación popular, se da fronterizada severamente por esa legitimidad.

Dice Samora Machel: “el modelo (del periodista) debe ser el obrero de vanguardia. Sus deberes corresponden a los de los miembros del partido. . . conocemos a los marxistas leninistas sin partido. No sé si son realmente marxistas porque la característica del marxismo leninismo es el partido. . . Combatir el subjetivismo en la interpretación de la línea del partido y en el análisis de los hechos sobre los cuales trabaja. . . cultivar continuamente la disciplina revolucionaria. . .”

La comunicación es, primordialmente, el aparato desplegado del poder. En este marco es el Partido-Estado el que define a la comunicación de masas, no como el transcurso de lo social y lo político conflictivo y nacional, no como bien social que nace de la participación diferenciada (democrá-

tica), sino como comunicación estatizada en el cuerpo social, como *ordenamiento consensual* donde las líneas divisorias, que plantean el modo de producción periodístico, son claras: interior-exterior del Partido Poder, como forma de institucionalizar la profesión.

Dice Samora Machel: “Es necesario eliminar los métodos de trabajo que reflejen la ideología burguesa. Liquidar el liberalismo, el individualismo, el burocratismo, la indisciplina, la tendencia a la improvisación, el departamentalismo y la competencia entre órganos de información” Más adelante afirma Machel: “Habilidad para escribir, habilidad para hacer análisis, habilidad para decir bien las cosas. Rechazamos esto. Es anticientífico. A eso lo llamamos empirismo”.

La revolución puede transformarse en una concentrada ética del poder, y la comunicación democratizada en un mito. Definir la individualidad creadora, la improvisación, la habilidad para hacer análisis y escribir como elementos “anticientíficos” y de “la ideología burguesa” es concederle demasiados elogios al sistema capitalista de explotación al que se quiere atacar con dichas diatribas. Pero, sobre todo, es pensar desde una supuesta “ciencia” inquisidora pura, en un abstracto y opaco mundo propio, revolucionario, donde la información corre el peligro de transformarse, como paradigma, en un simple y afiatado organismo de Estado. En una definición del periodista socialista, tan ideologizado por la normatividad de un poder, que pierde gran parte de los atributos que hacen a la liberación del hombre y de la sociedad, a la posibilidad de un pensamiento crítico, a la riqueza precisamente de un ser social y cultural participando en una historia revolucionaria.

Para Jorge Rebelo se hace necesario “una estructura que cubra nuestro país y permita canalizar todas las situaciones dentro de los principios y el esquema del centralismo democrático. Una estructura simple, operativa, que nos permita al mismo tiempo controlar todos los órganos de información”. El modelo participativo debe resolver la tensión, y las contradicciones, entre el momento heterogéneo de las masas organizadas, de los sectores sociales actuantes a través de nuevas formas democráticas, y la estructura de ordenamiento y de permanente producción de consenso. Esto último significa que, para el poder, el consenso es lo verificable, lo resguardable, lo que se enfrenta a la descohesión. El Estado popular, bajo diagrama leninista, es el espacio de *el poder*, y al mismo tiempo la institucionalidad más representativa, más abarcadora, la que llega a los confines: la nación en desarrollo. Este diseño de dominio, en términos comunicacionales, expresa su orientación: el control de *todos los órganos*, en tanto el poder es el pueblo y dicho pueblo los monopoliza.

El movimiento nacional, transmutado en partido único de corte leninista, fue y sigue siendo una experiencia frecuente en los procesos históricos de lucha popular en Asia y sobre todo en Africa. La concepción de Estado revolucionario gravita decididamente en este pasaje, en tanto poder unificador, disolvente de pluralismos, monopolizador y fuerte autoridad. Estado *de clase*, más allá de la cualitativa y cuantitativa presencia que la clase obre-

ra industrial —origen de dicha concepción de Estado— plantee en términos de hegemonía lograda.

Nos enfrentamos, por lo tanto, a un proceso básicamente determinado por lo ideológico, por la teoría y la práctica política y el haz de cristalizaciones político-culturales que aquel acontecer engendra en el pensamiento de los sectores de dirección. Significa esto que el partido de molde leninista se plantea como mucho más adecuado —en el tránsito de la confrontación al gobierno— que las características de una forma aglutinante e incluso más abierta y representativa de las diferencias y los conflictos sociales en los marcos de lo popular (movimiento).

Llevada esta opción al plano de las concepciones comunicacionales, esto se traduce en una definida tendencia homogeneizadora, *integrista desde el poder*, con posibles rasgos de verticalidad, en tanto la democracia social no implica, de por sí, la democracia política, y en tanto la democracia de perfil consensual es algo distinto a democracia como posibilidad de disenso. Como contrapartida a estos indudables déficits democráticos, el Estado fuerte tercermundista se fortalece en su misión de ser motor del desarrollo nacional, en llevar adelante políticas de industrialización, organización y necesidad de disciplina social que responda adecuadamente a un curso económico imprescindible de llevar a cabo para beneficio del conjunto del pueblo.

El interrogante que surge —y este interrogante se proyecta sobre lo que hoy nos interesa: la comunicación— es si este Estado revolucionario rompe con una lógica de poder burgués, deja atrás una concepción de gobernabilidad, corta con una racionalidad cultural de dominio de tipo integrista y de sesgos verticalizadores, racionalidad proveniente de una enajenante división social del trabajo y de la dictadura del modelo productivista capitalista.

La respuesta en un principio es no. Como expresa Federico Stame (*Crisis de la Razón de Estado, 1980*) “las formas históricas de organización del proceso de autoemancipación de la clase obrera han acabado por introyectar en los contenidos teóricos y concretos de su praxis organizativa, las categorías autoritarias que presidieron la formación y formalización del Estado moderno. La praxis de liberación pasa por modalidades organizativas que poco a poco se van adecuando al modelo de organización política de las clases dominantes y, a posteriori. . . el leninismo y su sucesiva *involución-realización* se presenta —y esta es una afirmación solo aparentemente paradójica— como formas históricas de adecuación de la praxis de la clase obrera a las exigencias de la funcionalidad del Estado moderno. El leninismo ha sido una de las formas del ingreso de la clase obrera en el Estado, no solo en términos de conquista, sino como principio de contabilidad y mando del Estado. . . La reflexión, crítica y negativa, más avanzada de este siglo ha demostrado que el consenso no es un obstáculo insuperable para las políticas autoritarias, y también ha demostrado que el consenso, de por sí, no constituye una modificación de las bases autoritarias de la organización política. . .”

Desde el punto de vista de los sistemas de comunicación o más concretamente de políticas nacionales de comunicación se tiende siempre a analizar *modelos* desde un excluyente punto de vista económico propietario o jurídico institucional. Propiedad privada —propiedad estatal; presencia transnacional— presencia de capital nacional; apoyo o expropiación de la iniciativa privada por parte del Estado. De estas confrontaciones binarias muchas veces se infiere que surge el antagonismo: por una parte el modelo establecido por la dominación histórica, por la otra el modelo alternativo, “el otro”.

Desde este punto de vista, tan común, la política parecería producir la ruptura, cuando es precisamente la ausencia de análisis de *lo político* (y de las políticas de lo político) lo que impide ver *la inexistencia de ruptura o superación del modelo de gobernabilidad y consenso que impuso el Estado moderno*.

Tenemos entonces esquemas de organización social, mediaciones reguladoras, lógicas de legitimidad e ilegitimidad, es decir, universo múltiple de la política que atraviesa y conforma el cuerpo social, que trasladado al plano de la comunicación e información reproducen *una continuidad, en aspectos sustanciales, de una cultura organizadora y articuladora de lo social*, frente a lo cual resulta muy discutible hablar de alternativa, de otro desarrollo comunicacional que redefine las formas de ese “poder” en términos cualitativos y realmente democratizadores.

El poder —desde el amplio espectro que en un extremo nos muestra bárbaras fórmulas colonialistas y en el otro las propuestas de liberación hoy en marcha— no es por supuesto una entelequia divorciada de la producción y las relaciones de producción. Pero tampoco, y en todo caso mucho menos, es la “superestructura” de la que “con sencillez” da cuenta el momento económico, como si existiese tal “momento económico” constituyente, previo, aparte o determinante de lo político, ideológico y cultural. Y es esta última tendencia de reflexión, la que más ha imperado en la comunicación, traduciendo desde este esquematismo que todo modelo de Estado, (que todo sistema político en sus más vastos alcances históricos y coyunturales), no merece un espacio de profunda teorización en el campo de las comunicaciones, porque supuestamente lo que en definitiva importa, para *situar a la comunicación*, es el planteo de la estructura económica sobre la cual se sustenta, o las variantes contenidistas que confirman la realidad de aquella “estructura”. Precisamente estas dos instancias permanentemente “se confirman”, porque viven en la abstracción del análisis social.

Mozambique, a través de datos expuestos por Mattelart en su libro, nos invita a reflexionar sobre la *decisiva gravitación* que tienen las concepciones y estructuras de gobernabilidad de lo social (es decir, las razones sobre las que se sustenta una política y la arquitectura cultural de la cual brota lo político) en el estudio de las comunicaciones: en el estudio de las variantes que la articulan al todo, y la hacen *ser* de determinada manera.

Retornando a lo que se decía en un principio, el momento político en el fenómeno de las comunicaciones equivale a desentrañar *cómo el poder*

(los poderes) —desde la disparidad y los enfrentamientos sociales— plantea o adecúa el hecho comunicación. Cómo lo hace presente. Tanto el proceso colonial como el liberador, en Mozambique, señalan con bastante claridad eso que suele denominarse la relativa autonomía de lo político, en tanto posibilidad de leerlo, rastrearlo, ubicarlo en la producción y reproducción de la sociedad histórica. Para la investigación comunicativa esta evidencia es un dato primordial de análisis, por cuanto se trata en definitiva de precisar cómo lo ideológico, lo cultural, lo ordenador, participan medularmente en las distintas formas de constitución de los poderes (ya se generen estos últimos en base a la explotación económica, a la capacidad y el monopolio militar, al respaldo popular, desde los aparatos de Estado, etc.) y cómo la comunicación social se enmarca en este problema de correlaciones políticas, concepciones políticas, y organicidad y actuación política.